

# RECUERDOS SOBRE FRANCISCO PINTO, ESCULTOR, PROFESOR Y AMIGO

**Gonzalo Martínez Andrades**

Catedrático de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Sevilla

Antes de que yo diera mis primeros pasos en la Escuela de Artes Aplicadas, ya tenía conocimiento de la familia Pinto. Su padre trabajaba el viejo y bello arte de la talla en madera, su madre y la mía se conocían, habían sido amigas desde niña, por la cercanía de las casas donde vivían, el hijo de “Pinto”, es escultor, comentaba mi madre, al igual que a ti a él también le gusta el arte, dice su madre que hace unas figuras en madera y en piedra muy bonitas y ya trabaja para encargos que le hacen las hermandades de Jerez, Cádiz, Marbella, Málaga, El Puerto de Santa María, entre otras. Todo aquello me atraía de una forma especial, pero yo aún no tenía con él ningún contacto.

Francisco Pinto siempre ha sido para mí parte de una niñez con recuerdos llenos de felicidad e ilusiones. Cuando ingreso en la Escuela de Artes Aplicadas me ayuda con sus consejos. Fue uno de mis primeros maestros, junto con D. Manuel Romero y D. José Revuelta, en los que veía todo aquello que tenía deseos de

aprender. Siempre sentía una especie de afecto cercano hacia él, por su amabilidad, sencillez y trato humano. En él veía antes al amigo que al profesor, y su manera de entender la disciplina del dibujo estaba muy vinculada a su proverbial manera de expresar el volumen, me decía con esa voz amable y cercana: el volumen, Gonzalo, el volumen, ten mucho cuidado con los valores que construyen y te dan relieve. Palabras que se me grabaron en mi mente, y que han permanecido en mi recuerdo durante toda mi vida.

Parece como si lo estuviera viendo en la clase de Dibujo Artístico, con su cuerpo delgado de mediana estatura, su poblado bigote, sus agudos ojos, entre avispadados y tiernos, su andar ligero y sus ademanes un tanto nerviosos, se movía con ligereza y trataba de atender a todos los que allí esperábamos con ilusión sus consejos.

El espacio que ocupaba la clase de Dibujo Artístico estaba dividido en dos, longitudinalmente había una larga mampara

de unos diez a quince metros, a un lado estaba el primer y segundo curso, al otro tercero y cuarto, toda ella llena de modelos de escayolas, unos colgados en las paredes, otros en pedestales por aquí y por allá. Las mesas estaban adosadas, donde dibujábamos de pie los alumnos de primero y segundo, las de un lado a la pared y las del otro a la mampara. Eran dos grandes mesas continuas, y con unos focos que colgaban de la pared para iluminar a los modelos de escayola. Al entrar en la clase estaba la mesa de los profesores, sobre una tarima. D. Francisco nunca se sentaba, siempre estaba de aquí para allá, cambiando las escayolas que nos servían de modelos, o corrigiendo los trabajos de sus alumnos.

Todavía lo tengo en mi memoria, cuando me preguntó el primer día, muchacho has dibujado alguna vez, yo tenía 13 años, le dije que sí que siempre me había gustado hacer dibujos en casa y en el Colegio del Buen Pastor, bueno ahora veremos qué sabes hacer, y me puso como modelo uno de aquellos relieves de obras clásicas, era una placa de escayola con unas hojas vegetales en relieve, todavía conservo el dibujo, me dio un “banquito” de madera, para que me pusiera sobre él porque no llegaba a la mesa para dibujar. Me dijo: *Tienes que hacerlo a lápiz y sin sombras, sólo con líneas de silueta, en la parte de la luz la línea será más fina, en la parte que tenga sombra ésta la haces más gruesa, y así lo hice, le gustó mucho, recuerdo que más o menos me dijo, Está muy bien, a ver si te atreves con este nuevo modelo.*

Aquel ambiente era la imagen más cercana que habíamos heredado de los talleres de los artistas, y sobre todo con el desarrollo de las Academias de Arte, que en los siglos XVII, XVIII y XIX tanta importancia tuvieron en Europa y en España, a la manera tradicional aprendíamos el dibujo sobre modelos clásicos, siguiendo las pautas que muchos años antes ya habían recomendado Leonardo, Alberti o Dürero. Recordando este ambiente me viene a la memoria aquel lema de Apele *Nulle die sine linea*. Que nunca pase un día sin hacer una línea. Los alumnos no éramos consciente de esto que ahora trato de exponer, pero sin saberlo estábamos siendo herederos directos de la manera más clásica de fomentar el conocimiento del dibujo que más ha contribuido a formar a muchos de los grandes artistas de todos los tiempos. El mismo Murillo junto con Herrera el Mozo y Valdés Leal, en 1660 fundaron la primera Academia de Bellas Artes en Sevilla, en el edificio que hoy es el Archivo General de Indias.

De aquella época guardo un recuerdo que quiero subrayar de una forma especial, siempre me destacaba la importancia del material que tenía que utilizar, principalmente los lápices, trapos, carboncillos y difuminos. Tenía la costumbre de afilar perfectamente los lápices, y con una gran destreza que siempre la recuerdo, cogía una hoja de afeitar o bien una navajita y cortaba la madera que protege la mina del lápiz compuesto o la de grafito, dejando una buena parte al descubierto para seguidamente afilar sobre un trozo de papel de lija, el mismo que se utiliza para lijar la

madera, Recuerdo que una vez me dijo: *Gonzalo, te voy a regalar una "paletita" que yo mismo te la voy a hacer, para que siempre recuerdes lo importante que es tener el material bien preparado*, a los pocos días me trajo la "paletita" de caoba, que él mismo había realizado, se podía afilar el lápiz compuesto o el carboncillo por un lado de la paleta, y por el otro los difuminos, aún la conservo. Así era y así recuerdo a "Paco Pinto", humano y cercano, preocupado por el trabajo suyo y el de sus alumnos.

Como profesor aprecié siempre en él su facilidad para hacerme las observaciones precisas y acertadas, una de las cosas que más me gustaba ver en él era como cogía el lápiz o el carboncillo, y de qué manera trazaba las líneas con absoluta facilidad, gracia y maestría, ayudaba al alumno y le estimulaba con sus consejos y acertadas correcciones, era algo que me llenaba de admiración y respeto.

Después pasado unos años, estuve en la clase de Modelado y Vaciado, allí lo tuve nuevamente de profesor de modelado, y aprendí igualmente a construir con el barro las formas en tres dimensiones, aún conservo una cabeza de un muchacho modelada en barro, él me enseñó la técnica del ahuecado para poderla cocer en el horno después de modelada, tenía que cortar la cabeza en varias partes, para poder extraer el barro de su interior, después volver a unir las piezas y terminar de retocar los cortes. En esta clase le notaba aún más dominador, se encontraba en su propio ambiente, la escultura, el barro, el volumen, el modelado de las formas, en

fin todos aquellos conocimientos que un buen escultor debe poseer.

A pesar de que dejé de ir a la Escuela al ingresar en la Escuela de Bellas Artes de Sevilla, no dejamos de vernos aunque de tarde en tarde, recuerdo un día que visité el estudio que tenía en la c/. Diego Fernández Herrera en Jerez, me sentí enormemente impresionado por la capacidad de trabajo y la ilusión que tenía en todo aquello que hacía, por todas partes trabajos algunos empezados, otros más avanzados, tallas en madera, piedra, estudios y bocetos. Con el paso del tiempo cada uno seguimos andando por nuestro camino, de él siempre tenía noticias buenas, encargos y más encargos, obras de imaginación para hermandades, esculturas para retablos, monumentos, retratos, exposiciones, y un largo etc. llenan la vida de mi admirado Francisco Pinto. Todos nos tenemos que sentir orgullosos de tenerlo como un gran artista Jerezano, como imaginero y como escultor, que es lo que por encima de todo quería ser, pero sobre todo como amigo, su gran valía humana es algo que siempre valoré en él.

Y una vez pasado el tiempo se hace uno siempre esas clásicas preguntas, a las cuales le quiere encontrar un sentido, ¿Qué le queda a uno de todo eso vivido?, sin duda, largas horas de dibujo en una clase que se había convertido para mí en un lugar casi sagrado, donde mi ilusión se renovaba día a día, ejemplos del buen hacer de aquéllas personas que tuve la suerte de compartir muchas horas en la etapa de aprendizaje, que te van formando cada día un poco más, a todo esto contribuyó

sin duda D. Francisco Pinto, una parte de lo que yo soy, quizá se lo deba a él, a su manera de observar el trabajo que yo hacía, a sus correcciones, a su forma de entender la disciplina del dibujo y la repercusión que éste había de tener en mi posterior obra.

Sé que él sentía una cierta satisfacción de haber sido uno de mis primeros maestros, le notaba en su cara, en su expresión, como le gustaba hablar conmigo de aquellos años antes mencionados. Los dos disfrutábamos recordando un tiempo que difícilmente se podría superar, por cuanto contiene de esfuerzos e ilusiones, para él sus primeros años como docente y para mí como el niño que se iniciaba con los consejos del maestro.

Siento mucho no haber podido disfrutar más de su amable conversación, motivado esto por mi ubicación primero en Sevilla, después en Valencia para después

volver nuevamente a la capital andaluza, que aunque cercana no me permitía estar en contacto, al igual que si viviera en Jerez. Pero sí es verdad que cada vez que nos veíamos, nos contábamos nuestros proyectos, y casi siempre recordábamos aquéllos lejanos años mencionados.

A pesar de la añoranza que nos produce su ausencia, debemos sentirnos contentos, porque conservamos una parte muy importante de él, que es su creación artística, alegrémonos de poder seguir disfrutando del legado que D. Francisco Pinto nos ha dejado, cada vez que admiremos una escultura, una talla o un dibujo suyo, estaremos haciendo que esté presente en nuestra memoria, que siga aquí entre nosotros, creo que es la mejor manera de rendirle ese merecido homenaje que lo valora como hombre, como amigo y como artista.